

dad, lo juró con un solemne juramento, no solo con aquel fuero de levantar la mano, sino con una fórmula muy legitima de palabras de toda solemnidad; porque junto con levantar la mano juró: *Por el que vive por los siglos de los siglos, que crió el cielo y cuanto en él hay, que no ha de haber mas tiempo.* ¿Con qué mas se podia autorizar esta verdad, que ha de tener fin el tiempo, que con un juramento tan solemne de un Ángel tan autorizado y poderoso?

El peso y gravedad del juramento da á entender la consideracion de la cosa que afirma, así porque importa mucho entenderla, como por lo que es en si; porque ¿quién duda sino que es cosa de grande espanto considerar como se acabará el tiempo? Porque si el haber de morir un monarca ó príncipe de un rincon del mundo causa espanto, el haber de morir el mundo, y con él todo lo temporal y el mismo tiempo, y esto pronosticado por un Ángel con tan prodigiosa aparicion y espantosa voz, ¿qué espanto no debe causar? Es tan conveniente la consideracion del fin que han de tener todas las cosas, que no solo por haberse de acabar uno, sino por haber de acabarse este mundo, bastaba para que las despreciásemos todas. Persuadámonos á esto que no solo se ha de acabar esta vida temporal, sino que no ha de haber mas tiempo. Tampoco ha de faltar al hombre de su vida, y tiempo ha de faltar al mundo de la suya, cuyo fin no ha de ser menos horrible que lo es el fin del hombre: antes cuanta distancia hay del mundo y todo el linaje humano á un hombre particular, tanto mas espantosa ha de ser la muerte del mundo á la de un hombre solo; y así son tan espantosas las profecias que hay del fin del mundo, que si no fuera el Espíritu Santo el que las dijo, no se pudieran creer. Por lo cual Cristo nuestro bien, despues de haber dicho algunas de ellas á sus discipulos, porque parecian exceder á todo lo que se puede imaginar, acabó confirmándolas con aquel modo de juramento ó aseveracion de que solia usar en cosas de grande importancia, diciendo (1): *Amen, esto es: Por mi verdad os digo que no se acabará el mundo sin que todas estas cosas se cumplan; porque el cielo y la tierra fallarán, mas mis palabras no fallarán.* Creamos, pues, que ha de acabarse el tiempo, que ha de tener muerte el mundo, y, si así se puede decir, desastrada: creámoslo, pues lo jura el Ángel y el mismo Señor de los Ángeles. Y si es así, que aun las memorias mas inmortales de los hombres han de tener fin, pues el género humano le ha de tener; cuidemos solo de estar en la memoria eterna de aquel que no ha de tener fin; y no menos despreciemos estar en la memoria de los hombres que se han de acabar, que gozar los gustos de nuestros sentidos que han de morir. Así como allegar tesoros en la tierra es engaño de nuestra avaricia, así tambien querer en este mundo eternizar nuestra memoria es error de nuestra ambicion. Los tesoros ha de dejar el avariento, si no es

(1) Matth. xv.

que se los quite el ladron; y la fama y nombre ha de acabar con el mundo, si no es que la borre antes el olvido ó quite la envidia. Todo lo que tiene fin es vano, pues todo este mundo ha de tener fin; todo cuanto en él se estima vano es, y todo él es vanidad de vanidades. Lo eterno solo procuraremos, y á lo eterno solo aspiremos; porque el justo solo estará en la memoria eterna de Dios, como dijo el Profeta, porque la memoria de los hombres tan caduca y perecedera es como los mismos hombres. ¿Qué ambicioso de quedar en perpétua memoria no escogiera ser estimado de diez hombres que hubiesen de vivir cien años, antes que de mil que hubiesen de morir luego que él espirase? No estimemos sino estar en la memoria de Dios, cuya vida es eternidad; porque la memoria entre los hombres no puede durar mas que los mismos hombres, que morirán como tú; y así no puede haber memoria inmortal entre los que son mortales. Tambien es de grande importancia que haya de acompañar al fin del mundo el juicio universal, que en él se hará de todos los hombres, donde se han de manifestar las cosas mas ocultas y secretas, para que no se fie el homicida que, con la muerte que dió á su prójimo para que no descubriese su maldad, ella ha de quedar ocultada, ni se atreva á pecar nadie por falta de testigos, pues ha de saber todo el mundo aquello que si supiera otro hombre se muriera él de pena.

CAPÍTULO VII.

Como se han de allerar los elementos y cielos al acabarse el tiempo.

Veamos, pues, el modo tan extraño del fin del universo, que por ser tan terrible se podrá echar de ver el abuso que tienen de sus cosas los hombres, y la vanidad y engaño de ellas; porque sin duda no tuviera fin tan desastrado el mundo, si no fuera por la mucha malicia que en él hay. Escribió san Clemente Romano (1) que aprendió de san Pedro apóstol como tiene Dios determinado un dia desde su eternidad, en el cual combatan con todas sus fuerzas, y, para decirlo así, de poder á poder, el ejército de todas las penas con el ejército de todas las culpas. Este dia se suele llamar en la Escritura dia del Señor, en que el ejército de las penas ha de dar batalla campal á las culpas, y acabar de una vez con ellas y con el mundo, donde han reinado. Y si la terribilidad de este dia ha de ser al paso de la multitud y gravedad de los pecados, no me espanto de cuánta terribilidad dicen de él las sagradas Letras y los santos Padres. Pero como en las guerras suele acontecer, que antes de darse la última batalla se hacen primero varias correrías y escaramuzas, así tambien antes de aquel formidable dia en que se en-

(1) Lib. Recognit.

cuentren todas las penas con todas las culpas, enviará Dios por partes varias calamidades, que como caballos ligeros corran primero el campo; como se significó á san Juan en el Apocalipsi en aquellos soldados que vió salir en varios caballos, uno rojo, otro negro, y otro pálido. Ya enviará hambre, ya peste, ya guerra, ya terremotos, ya inundaciones y diluvios, ya sequedades de tierra. Si estas cosas afligen ahora tanto, ¿qué será cuando haga la justicia divina el último esfuerzo, y toda criatura se arme contra los pecadores, siendo capitán general el celo de la justicia divina, como lo declara el Sábio por estas palabras (1): *Tomará armas su celo, y armará á las criaturas para vengarse de sus enemigos: vestirá por cota á la justicia, y por morrión el juicio verdadero. Tomará por escudo la equidad, aguzará una ira cruel por lanza, y peleará por el la redondez de la tierra contra los insensatos. Irán derechos los tiros de los rayos que se arrojarán de las nubes, como de arco bien flechado y tirante, y saltarán á lugar cierto. Enviaránse granizos llenos de ira pedregosa* (esto es, que servirá su ira como de máquina y catapulta para arrojar piedras), *embraveceráse contra ellos el agua del mar, y los ríos combatirán duramente. Contra ellos estará un viento fortísimo, y como un torbellino los dividirá.* Bien temerosas son estas palabras, aunque no contienen más que la guerra que han de hacer tres elementos contra los malos. Pero no solamente el fuego, el aire y el agua los han de aterrar, sino también la tierra y el cielo (como dicen otros lugares de la Escritura); porque todas las criaturas mostrarán el furor de aquel día, enfureciéndose contra los hombres. Y si las nubes tirarán rayos y piedras á los pecadores, el cielo les tirará no menores balas que sus estrellas que, como dijo Cristo, caerán de allá. Si el granizo tan pequeño como una china, por caer de las nubes suele destruir los campos y matar los animales, cuando caigan á pedazos las estrellas desde el firmamento ú otra región sublime, ¿qué estrago harán, y qué pasmo causarán en las gentes?

No es encarecimiento lo que dice el Evangelio (2), que se secarán los hombres de temor de lo que sobrevendrá sobre el universo; porque así como en un hombre particular, que se dice mundo pequeño, cuando se ha de morir se turban dentro de él los humores, que son sus elementos; los ojos, que son como el sol y la luna, se oscurecen; los demás sentidos como astros menores se descaecen, y la razón, que es como una virtud del cielo, se desquicia de su lugar; de la misma manera en la muerte del mundo mayor, que es este universo, el sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, las estrellas se caerán; y sintiendo todo el mundo su muerte cercana, se estremecerá con horrendo sonido y estruendo, antes que se disuelva y espire. Si el sol y la luna, y otros cuerpos celestes que se tienen por incorruptibles, se han de alterar y oscurecer tanto, ¿qué se hará en los elementos deleznales y tan corruptibles, co-

(1) Sap. v. — (2) Luc. xxi.

el aire, agua y tierra? Si este mundo inferior depende de los cielos, como dijeron los filósofos, alterados y despedazados los cuerpos celestes, ¿en qué estado pueden quedar los elementos, cuando las virtudes de los cielos titubearán, y descaminadas las estrellas no acertarán á ponerse en su órden? ¿Cómo estará entonces el aire, sino turbado con arrebatados remolinos, lóbregas tempestades, horrendos truenos y furiosos rayos? ¿Cómo estará la tierra, sino estremeciéndose con espantosos terremotos, abriéndose en mil bocas, y escupiendo volcanes de fuego? Serán tan espantosos los temblores de la tierra, que no solo arrojará en el suelo las mas altas torres, sino que sepultará en sus entrañas las ciudades enteras, y se sorberá montes muy altos. Pues el mar ¿cómo se enfurecerá? Pondránse sus olas tan hinchadas y sublimes, que parecerá han de anegar la tierra, y partes de ella inundarán. Dará tales bramidos el océano, que aterrará á los que están muy apartados y metidos en el corazón de la tierra firme; por lo cual dijo Cristo: *Que habrá en las tierras aflicciones de las gentes por la confusion del sonido del mar.*

¿Qué harán en esta turbacion los hombres? Quedarán todos atónitos y pálidos como la muerte. ¿Qué consuelo tendrán? Estaránse mirando unos á otros, y cada uno en su vecino se espantará de nuevo, viendo en él una imágen de muerte. ¿Qué pavor y miedo concebirán con esto, temiendo el espantoso fin y suceso que tan horrendos prodigios y monstruosidades naturales significan? Cesarán entonces los comercios, estarán las plazas despobladas, los tribunales solos, ninguno habrá entonces ambicioso, no buscará nadie pasatiempo, ningun codicioso cuidará de sus tesoros, no habrá quien pare en los palacios de los reyes; aun de comer y beber no se acordarán, sino cada uno procurará escaparse de los diluvios, terremotos y rayos, buscando lugar seguro, aunque no lo hallará. ¿Quién hará caso allí de su linaje? ¿Quién de la nobleza de sus armas, y de su sabiduría y talento? ¿Quién se acordará allí de la hermosura que vió, del edificio que admiró, de lo agudo que leyó, de lo discreto que habló? Y si de sus cosas no hará memoria, ¿quién se acordará de las ajenas? ¿Qué memoria habrá allí de las hazañas de Alejandro Magno, de la sabiduría de Aristóteles, y de todos los mas afamados del mundo, cuya fama quedará desde entonces sepultada para siempre, y morirá con el mundo por toda una eternidad? Los navegantes, cuando en una breve tempestad están á pique de hundirse, ¿cómo están asustados por ver alterado el elemento del agua! ¿Qué afliccion tienen! ¿Cuántas plegarias hacen! ¿Cuán desinteresados están de las cosas de la tierra, pues echan sus mismas haciendas en el mar! Pues ¿cómo estarán los hombres, cuando no solo les espantará el mar con sus bramidos, sino el cielo y tierra con mil prodigios? Cuando el sol se les ponga de luto y cause horror con sus tinieblas, y la luna toda se ensangrienta, y las estrellas se desgajen, y la tierra les sacuda de sí con la iniquidad de sus estremecimientos, y los torbellinos furiosos les derriben de su es-

tado, y los rayos espesos les asombren, ¿qué harán entonces los pecadores, por cuya causa se obrarán cosas espantosas?

§ II.

El pavor y asombro que ha de haber en el concurso de toda la naturaleza armada contra los pecadores se podrá echar de ver por el espanto que han causado algunas mudanzas suyas en estas mismas cosas que tenemos profetizadas han de suceder en el acabamiento del mundo, cuando han de venir de por junto, y cada una con exceso muy grande; para que cotejemos cuán espantosa será la junta de tantas calamidades, si la parte de algunas lo es tanto. Y empezando por la tierra, que parece el mas lerdo de los elementos, escribe el cardenal Jacobo de Papia (1) lo que pasó en su tiempo el año de 1456, á 5 de diciembre, que todo el reino de Nápoles se estremeció tres horas antes de amanecer, hundiéndose lugares enteros, y mucha parte de otros, con tanta gente que murió, que fueron sesenta mil hombres los que perecieron, parte hundidos y tragados de la tierra, parte oprimidos de las ruinas de los edificios. ¿Qué seguridad pueden tener los hombres en esta vida, pues aun no lo están de la tierra que pisan? ¿Qué firmeza puede haber en el mundo, pues una sola cosa que hay en él firme es tan inestable? ¿De dónde no nos podrá venir la muerte, pues nos nace de entre los piés? Pues no es mucho que con el terremoto de un reino se hiciese tanto estrago, pues el de una ciudad lo causó. Escribe Evagrio (2) que la noche que se casó el emperador Mauricio, tres horas despues de haber anochecido, se estremeció con tan gran violencia la ciudad de Antioquía, que se cayeron casi todos sus edificios, quedando sepultadas en ellos sesenta mil personas. Si en estos particulares terremotos estuvo la tierra tan cruel, ¿qué haria en el que sucedió en tiempo de Tiberio, del cual escribe Plinio (3) que trastornó doce ciudades principalísimas de Asia, y las hundió? Aun mas temor pone lo que refiere Nicéforo que sucedió en tiempo del emperador Teodosio, que duró por espacio de seis meses un terremoto continuo y horrendo, y tan dilatado, que se estremeció con él casi toda la redondez de la tierra; porque llegó al Quersoneso, Alejandría, Bitinia, Antioquía, Helesponto, las dos Frigias, grandísima parte del Oriente, y muchas regiones del Occidente.

Y para que digamos tambien de la violencia del mar, aun contra los que están apartados de sus olas y seguros en sus casas, fue horrible el terremoto que cuenta san Jerónimo (4) y Amiano Marcelino, que fue testigo de vista, y sucedió despues de la muerte del emperador Juliano;

(1) Jacob. Papiens. in epist. — (2) Evagr. l. 6, c. 8. Vid. Niceph. l. 18, cap. 13.

(3) Plin. lib. 2, cap. 48, et Phil. lib. 14. Senec. natura. q. lib. 6. Niceph. lib. 14, c. 36.

(4) S. Hier. in vit. S. Hilar.

porque en él se estremeció toda la tierra, y los mares traspasaron sus términos, y como si volviera otra vez el diluvio, ó se tornara á envolver el mundo y resolver en el caos que tuvo primero, se subieron las naves sobre los altos montes, y en Alejandría sobrepujaron sus mas altos edificios; y, despues de sosegado el piélago, quedaron los navios sobre los tejados de aquella ciudad, como escribe Nicéforo (1), y en otras partes sobre altos riscos, como testifica san Jerónimo. Pero oigamos cómo lo cuenta Amiano Marcelino (2), cuyas son las palabras siguientes: *Estando aún vivo Procopio tirano, á los veinte y uno de julio del año en que fue cónsul la primera vez Valentiniano con su hermano, se embravecieron de repente por toda la redondez de la tierra horrendos levantamientos de los elementos, cuales ni las fábulas fingieron, ni las historias verdaderas refieren. Poco antes de amanecer, estando el cielo cerrado con una tempestad de rayos, estremeciéndose toda la estabilidad del peso de la tierra, se conmovió, y arrojado el mar atrás, se retiró con sus olas alboratadas de tal manera, que descubriendo la profundidad de su suelo, se vieron mucha variedad de pescados tendidos en el lodo, viendo los rayos del sol aquellas profundidades que la naturaleza desde el principio del mundo hundió debajo de aguas inmensas, quedándose muchas naves en el suelo atascadas, y otras bamboleando en algunos arroyuelos de agua que en algunas partes se hicieron, de manera que pudieron coger con las manos á los peces. Las olas del mar por el contrario, como enojadas de verse desterrar de su asiento natural, se embravecieron y levantaron con furiosas avenidas contra las islas y otros largos trechos de la tierra continente, y estrellándose con gran violencia en los edificios de las ciudades, donde quiera que los encontraban, los arrasaban por el suelo de tal modo, que trocada la cara del mundo con la furiosa discordia de los elementos, mostraban varias suertes de prodigios; porque rebelándose sobre la tierra de repente la inmensidad del piélago, murieron muchos millares de hombres ahogados, y cuando retiraron las olas á sus asientos, y se sosegó el mar hinchado, se vieron los navios destrozados y los cuerpos muertos en aquel naufragio, unos boca abajo, otros mirando al cielo. Á otros navios muy poderosos dejaron las aguas sobre los techos de las casas, como aconteció en Alejandría; otros léjos de la orilla, como nosotros somos testigos de vista, porque pasando por Methion vimos allí una nave ya carcomida toda. Toda esta lastimosa historia es de Amiano Marcelino.*

No es menos temerosa la que refiere Nauclero y Tritemio (3), que por el año de 1218 se entró el mar alborotado por Frisia, y murieron en medio de las olas y de sus casas mas de cien mil personas. Añade Langgo que otra vez el año de 1287 tornó á entrar el océano furioso por aquella provincia, y no se retiró sin haber dejado ahogados ochenta mil hom-

(1) Niceph. lib. 10, cap. 33. — (2) Amian. Marcel. lib. 20. — (3) Naucl. gen. 41, sub finem. Trithem. Chro. Hirsau.

bres. No es mucha toda esta mortandad en una provincia, respecto de la que ha hecho el mar en una sola ciudad. Escribe Surio en su Comentario del año de 1509 que el día de la Exaltacion de la cruz de setiembre se embraveció tanto el mar que está entre Constantinopla y Pera, que se levantó sobre los muros de una y otra ciudad con tan gran estrago, que solo los turcos, que murieron en Constantinopla, llegaron á trece mil. Con estos ejemplos tan ciertos no era menester lo que escribe Platon y aprueba Tertuliano (1) y muchos autores de estos tiempos: que la isla Atlántica, que estaba en ese extendido espacio del océano que cae entre España y las Indias occidentales, y dicen que era muy grande, y estaba llena de gentes innumerables, con un horrendo terremoto y con un diluvio de un día y una noche, en que el cielo se deshizo en lluvias y el mar traspasó sus lindes, quedó sepultada en el océano con todos sus habitantes. No quiero aprovecharme de esta historia para dar á entender la fuerza de los elementos airados contra el hombre, porque bastan las mas modernas que hemos referido con mayor fe y certidumbre, y son de bastante asombro las que en Frisia sucedieron, en las que se ve la furia con que el mar encarcelado en sus términos sale cuando Dios le da alguna licencia para combatir los pecadores. ¿Qué será cuando mande el Señor de todo armar todos los elementos contra ellos, y toque al arma á toda criatura para que vengue sus injurias en los hombres desagradecidos á sus beneficios infinitos?

Aun en el aire, que es elemento tan blando y suave, en el cual vivimos, y con el cual respiramos, cuando le suelta Dios la rienda saca fuerzas de flaqueza, y son tan grandes, que arruina lo que topa. Hase visto arrancar bosques muy poblados, traspasando los árboles á partes bien distantes (2). Surio escribe (3) que á 28 de julio del año de 1507 á media noche se levantó en Alemania tal viento, que hizo estremecer los edificios, y arrancó los techos de las casas, y los árboles desencajó y arrojó muy léjos. Conrado Argentino escribe (4) que siendo emperador Enrico VII, vió él volar por el aire, espacio de una milla, vigas muy grandes, que llevó el viento del chapitel de la iglesia de Maguncia, las cuales eran como vigas de lagar, y eran de madera pesada como la encina. Sobre todo, ¿á quién no espanta lo que dice Josefo en sus Antigüedades, y Eusebio Cesariense en la Preparacion evangélica, y es: que la torre de Babilonia, que fue el edificio mas fuerte y prodigioso del mundo, con viento le derribase Dios? ¿Qué diré de cuán espantosas y pesadas tempestades han llevado de una parte á otra los aires para castigar los pecadores con rayos y piedras, las cuales mataron en Egipto á todos los ganados (5), y en Palestina mató innumerable multitud de

(1) Tertul. Apolog. cap. 39. — (2) Oviedo, Hist. Und. lib. 6, cap. 3.
(3) Surio Comen. — (4) Conrad. Argent. in Chron. — (5) Exod. ix.

amorreos un granizo de extraña grandeza (1); y despues acá se ha visto tan grande, que escribe Clavitelo que el año de 1524 cayó en Cremona tal granizo, que era como un huevo de gallina; y en el campo de Bolonia el año de 1537 cayeron tan grandes piedras, que pesaron veinte y ocho libras. Olao Magno afirma que en el Septentrion ha caido granizo del tamaño de una cabeza de hombre; y la Historia Tripartita que el año de 369 vino sobre Constantinopla tal tempestad, que el granizo era como peñascos. Por cierto que no es mucho que diga el profeta Ezequiel que caerán en el fin del mundo piedras inmensas (2); y san Juan escribe (3) que serán del peso de un talento, que contenia algunas arrobas. Tempestad que tal piedra arroja, ¿con cuán horrendos truenos resonará? En las tempestades de Escitia ha sucedido haber tan espantosos truenos, que han quedado muertas muchas personas de espanto. ¿Qué estruendo traerán aquellas últimas tempestades cuando quiera Dios acabar el mundo?

Todas las alteraciones pasadas de los elementos no son mas que amenazas; ¿cuál será la batalla campal que han de dar á los pecadores, cuando aun el cielo les tirará saetas, y tocará al arma con prodigiosos truenos, y se mostrará airado con horrendas apariencias? San Gregorio Magno escribe como testigo de vista (4) que vió en una pestilencia de Roma que visiblemente caian del cielo saetas, y herian los hombres. Juan Diácono declara (5) que era lluvia de saetas. ¿Qué será cuando el aire y el cielo llueva pedazos de estrellas? Asombróse el mundo cuando en tiempo de Irene y Constantino se oscureció el sol por diez y siete dias (6), y en tiempo de Vespasiano por doce desaparecieron el sol y la luna; ¿qué será en los últimos dias, cuando el sol cubra de luto tristísimo sus rayos, y la luna se vista de sangre, en significacion de la guerra que han de hacer las criaturas á fuego y sangre contra los que menospreciaron á su Criador? ¿cuando por una parte se levante la tierra contra ellos, y como no pudiéndolos sufrir los sacada de sí, por otra les embista el mar, y busque dentro de sus casas, y el aire no les deje estar seguros en los campos? Por cierto no será maravilla que pidan entonces á los montes que les cubran, y á los altos collados que les escondan en sus cavernas. Esto es mas para pensar que para poder explicar, y el solo pensarlo atemoriza. Gimen ahora las criaturas de verse usar mal del hombre en desprecio de su Criador; pero en aquel tiempo sacudirán el yugo, y se vengarán á sí de los agravios que las hacemos, y vengarán las injurias que hemos hecho al Criador de todo. Las violencias de los elementos y turbaciones de la naturaleza que suceden antes

(1) Josue, x; Eccl. xlvi. Ludov. Clavitellus, f. 290, et Corn. à Lapide, tr. c. 9 Exod. Ola. Mag. l. 1, c. 12. Conim. in meteo. cap. de grandine. Hist. Tripar. lib. 7, c. 22.

(2) Ezech. xxxviii. — (3) Apoc. xvi. — (4) Gregor. Magn. lib. 4 Dialog. cap. 36. — (5) Joan. Diacon. in vita S. Greg. lib. 1, cap. 37. — (6) Zonaras in Irene. Plin. l. 1, c. 13.

del fin no tienen que ver respecto de las que sucederán en los últimos días del mundo, las cuales (dice san Agustín) han de ser mas horribles y tremendas que las pasadas. Pues si las pasadas son tales como hemos visto, ¿qué será entonces; y mas viniendo de por junto de todas partes, cuando esté rebelado todo el mundo contra los hombres, cuando todo ha de ser confusion, y el invierno se trocará en verano, y el verano en invierno, y ninguna criatura guarde ley fija, para los que no guardaron la ley de Dios, para vengar á Dios y vengarse á sí mismas?

§ III.

Pero para que se vea mas la espantosa alteracion que ha de haber de las criaturas, especificarémos algunas que pone san Juan en su Apocalipsi. Bien tremenda es la que dice en el capítulo VIII de un granizo y fuego con una lluvia de sangre tan general y copiosa, que ha de abrasar la tercera parte de la tierra y de los árboles, y toda yerba verde. Considere uno qué estrago será este; pues tan horrenda tempestad de piedra, fuego y sangre ha de consumir, no solo una vega, no solo una provincia ó reino, sino tantos como pueden caber en la tercera parte de este mundo. ¿Qué pasmo causará en los hombres así el modo de aquella tempestad sangrienta, como un estrago tan general del orbe? Pero no ha de parar en esto solo; porque luego se ha de ver en estos aires un grandísimo monte de fuego todo ardiendo en vivas llamas, el cual caerá de golpe en el mar, cuya tercera parte convertirá en sangre, y abrasará tambien la tierra, parte de los peces y naves y cuanto hay en el mar, el cual monte ó masa de fuego horrible al caer en el mar se dividirá en varias partes con efectos tan extraños como se ha dicho. Además de esto se verá una estrella ó cometa de fuego prodigiosa, la cual arderá á modo de hacha, y caerá tambien dividiéndose en varias centellas en los rios y fuentes, volviendo las aguas amarguísimas como ajenos, y tan pestilentes, que apestarán á los que bebieren de ellas, y morirán muchos hombres por haberlas gustado. Herirá juntamente un Ángel al sol, luna y estrellas, y los descantillará disminuyéndoles su luz la tercera parte (1); de suerte que al dia mas sereno le falte la tercera parte de claridad. Mas horrible cosa que todo lo pasado es que despues de tantas calamidades reventará el abismo, esto es el infierno, abriéndose una boca profunda por la cual saldrá tan espeso humo, que se oscurecerá con él el sol y el aire. Saldrá juntamente de aquel humo del infierno grande multitud de disformes langostas que se esparcirán en gruesos enjambres por toda la redondez de la tierra, las cuales dejando los campos, y las yerbas y sembrados, han de hacer presa solamente en los hombres infieles á Dios, á los cuales por cinco meses les han de estar

(1) Apoc. IX.

atormentando mas rabiosamente que escorpiones. Estas langostas entienden unos Doctores á la letra (1) que han de ser cierto género de verdaderas langostas, aunque de extraña figura y mordacidad. Otros dicen que han de ser demonios del infierno en figura de aquellas langostas (2), y no será maravilla que en la destruccion del mundo se aparezcan los demonios en forma visible, pues en la destruccion de Babilonia se aparecieron en varias figuras de bestias, como profetizó Isaías. De cualquier manera esta plaga ha de ser tan cruel, que dice san Juan que buscarán los hombres la muerte, y no la hallarán, y que desearán morir, y la muerte huirá de ellos.

Otras muchas plagas horrendas habrá en aquellos dias últimos; porque así como antes que anegase Dios á los gitanos, y librase á su pueblo, envió á Egipto tan horrendas plagas como se cuenta en el Éxodo; así tambien antes que anegue á los pecadores en aquel diluvio y mar de fuego que ha de cubrir la tierra, de donde han de salir libres los santos, precederán tanto mas horrendas plagas, cuanto es mas el mundo que Egipto; porque no solo llegarán á convertirse los rios y fuentes en sangre, pero todo el mar, cuyas olas serán una sangre muy negra. Enviará tambien el Señor terribles dolores y llagas á los hombres, y el sol les ha de abrasar de manera que les haga salir de sí, y algunos malos se volverán como si ya estuvieran en el infierno. Fuera de esto los elementos se han de alterar tan extrañamente, como significa san Juan en su Apocalipsi, de la tierra, de la cual refiere varios terremotos, y no siendo el mayor el que cuenta en el capítulo VI, dice de él tales cosas, que pone espanto; sus palabras son estas: *Hizose un grande terremoto, y el sol se puso negro como un saco de cilicio, y la luna como sangre; las estrellas cayeron del cielo sobre la tierra, de la manera que una higuera arroja sus brevas cuando la combate un récio viento: el cielo se retiró como un libro ó pergamino enrollado, y todos los montes é islas se movieron de sus lugares.* Dejo á la consideracion de cada uno, qué harán en este conflicto los hombres que quedaren vivos. San Juan dice que los reyes y principes, los ricos, los fuertes, los esclavos y los libres se esconderán en las cuevas y en las piedras de los montes, y dirán á los montes y piedras: *Caed sobre nosotros, y escondednos, etc.* (3). Aun otro mayor terremoto dice el mismo san Juan que habrá, que será el mayor que ha habido en el mundo, en el cual se hundirán las islas, y los montes se allanarán: habrá horrendos truenos y relámpagos, y caerá del cielo tal piedra, que los granizos serán de un talento; esto es, de cinco arrobas cada piedra; porque un talento hebreo pesaba ciento veinte y cinco libras romanas. Tal granizo como este dice san Juan que caerá sobre los hombres. Esta plaga, junta con tan extraño terremoto, ¿cómo tendrá alónitos á los que quedaren vivos?

(1) Lesius, de perfect. divin. lib. 13. — (2) Cornel. in Apoc. — (3) Apoc. XIX.
9*